

HELENA

MITO Y ETOPEYA

1. INTRODUCCIÓN

El inextricable entrelazamiento de elementos verosímiles e inverosímiles es un rasgo tan característico de la mitología, que para el conocimiento de ésta nada puede ser más útil que la determinación de las respectivas funciones de unos y otros. Determinación nada fácil, desde luego, y no intentada hasta ahora de modo sistemático. El carácter enormemente mayoritario, en el orden numérico, de los elementos verosímiles, y el peso, enorme por su parte dentro de su reducido número, de los inverosímiles, juntamente con la incertidumbre sobre si los primeros son verdaderos o falsos y la certidumbre de ser falsos, pero inseparables de los otros, los segundos, son los hechos generales que han de servir como punto de partida para dicha determinación. Así sucede, por excelencia, en la historia de Helena: frente a centenares o miles de datos tradicionales simplemente verosímiles, perfectamente posibles, de la vida y psicología diarias, contenidos, junto con los mayores y más diversos refinamientos ficcionales, en los cientos y cientos de obras sobre Helena, desde Homero a Erskine, Hofmannsthal, Doolittle, Roussin o Klingger, los elementos inverosímiles o prodigiosos son desde luego sumamente llamativos, curiosos y peculiares, pero en número apenas sobrepasan la media docena: concepción por obra de Zeus-cisne en Némesis-gansa o en Leda, alumbramiento ovíparo, juicio de Paris, fantasma estesicoreo, traslado final, más o menos apoteósico, a la Isla Blanca, y, desde allí, orden que da a Homero de escribir sobre

la guerra de Troya, cegamiento de Estesícoro y aviso que le envía de cómo puede recobrar la vista. Para la etopeya de Helena, o de cualquier otro personaje mitológico, así como para la ideología y los sentimientos que se contienen en la mitología, hay como un perfecto equilibrio entre elementos verosímiles e inverosímiles: sirve, en primer lugar, de compensación a la mayor banalidad de los primeros su crecido número, y al escaso número de los segundos su mayor intensidad emotiva; pero, además, los elementos verosímiles, aunque más triviales, tienen también un atractivo inmenso, que es como el atractivo de la historia combinado con el de la ficción, pero aumentados aún por la incertidumbre o flotamiento cognoscitivo entre la realidad de la una y la fantasía de la otra, mientras por su parte los elementos inverosímiles, que adolecen de la inanidad que es inherente a lo prodigioso, la compensan también con su mayor poder de configuración concreta de los anhelos o aspiraciones humanas y del destino general de la humanidad. Y así, en último término, y aun cuando la determinación de funciones de unos y otros elementos sólo de modo paulatino podrá lograrse, podemos decir provisoriamente que tan importantes vienen a ser los unos como los otros para la etopeya de los personajes mitológicos y para las ideas y sentimientos que en sus aventuras se reflejan.

Vamos a estudiar ambos grupos de elementos, siguiendo el hilo de los inverosímiles, en el mito de Helena.

2. «GEMINO AB OVO»

Empezamos por la concepción y nacimiento de Helena, en los que tanto la huida y las metamorfosis de Némesis como el huevo puesto por ella, o por Leda, y del que brota Helena, son genuinos elementos inverosímiles del mito, esto es, elementos necesariamente inventados e introducidos por alguien en algún momento de la transmisión del mito, pero en un momento en todo caso anterior a nuestros más antiguos testimonios poéticos y mitográficos; y elementos transmitidos solidariamente con el resto del mito a partir también de algún momento anterior a dichos testimonios, y que, por tanto, no han sido añadidos por mitógrafo alguno en virtud de especulaciones, conjeturas o caprichos datables en época histórica

de la literatura clásica. El carácter antiguo, es decir, genuino en el sentido que queda dicho, de esos elementos, que es evidente, fue explícitamente afirmado, para el segundo de ellos, por Bethe en 1903 (en 'Dioskuren' del Pauly-Wissowa, col. 1113, líns. 17-26), y para el primero, por Robert en 1920 (de hecho, aunque sólo implícitamente, en el Preller-Robert, II 341 y n. 3), opiniones ambas que fueron después categóricamente desarrolladas y formuladas, conjuntamente para ambos elementos prodigiosos del mito, por Eitrem en 1924 (en 'Leda' del Pauly-Wissowa, col. 1118, líns. 25-57), y por Herter en 1935 (en 'Nemesis' del Pauly-Wissowa, col. 2346, líns. 3-53), a los que últimamente se ha adherido, de hecho, H. von Geisau en 1968 (en 'Leda' del *Kleine Pauly*, col. 532, líns. 10-17). Para la huida metamórfica de Némesis fundan Eitrem (líns. 27-49) y Herter (líns. 19-36) esta opinión en las muy similares metamorfosis de Tetis (Θέτις) para escapar a la unión matrimonial con Peleo, y en la algo menos parecida de Asteria en codorniz huyendo de la persecución amorosa de Zeus (así como en las de Proteo, parecidas a las de Tetis, aunque aquí sin el tema de la huida de la novia; hay que añadir, por ser del mismo tipo que las de Proteo, las de Nereo y el Aqueloo en sus conexiones con Hércules); asimismo, aunque con semejanza ya más remota, en las metamorfosis, también para escapar a una persecución (no amorosa), que aparecen en los cuentos de Grimm números 51 (*Fundevogel* o 'Piñoncito', con una metamorfosis final de la niña en pato, *Ente*, que es femenino como *Gans* y como lo es, según veremos, el epiceno χήν en el mito de Némesis), 56 (*Der liebste Roland* o 'El amadísimo Rolando', en donde la metamorfosis de la joven en pato es, al revés, la primera de las varias que ella misma opera en sí misma y en su amado) y 113 (*De beiden Küningeskiner* o 'Los dos príncipes', con tres dobles metamorfosis operadas, por la princesa fugitiva, también en su amado y en sí misma; la última de aquéllas es metamorfosis de la princesa en pez como una de las de Némesis en *Cypr.* fr. 7), cuentos estudiados en sus varias conexiones por Bolte-Polívka en 1913-1918 (II 62 y 78; cf., treinta años antes, A. Lang, *Custom and Myth*, de 1884, 87 ss.). Eitrem (líns. 41-49) indica también una cierta semejanza, pero ésta es evidentemente más lejana todavía, en las metamorfosis que Empédocles asegura haber experimentado en sí mismo (fragm. 117 D., en Diog. Laert. VIII 77 e Hippol. *Refut.* I 3).

En cuanto al segundo elemento prodigioso del nacimiento de Helena, a saber, el huevo de Némesis o de Leda, Bethe fundamentaba su carácter antiguo o genuino en las medias cáscaras de huevo sobre las cabezas de los Dióscuros que, como veremos, mencionan Licofrón (y su escolio) y Luciano, así como en el nacimiento también ovíparo de los Moliónidas en Ibico (fragm. 285 Page, en Athen. II 57 f-58 a, y en Eustath. 1686, 45: ...κόρους τέκνα Μολόνας... ἀμφοτέρους γεγαῶτας ἐν ὤεωι ἀργυρέωι). Eitrem (líns. 50-57) y Herter (líns. 3-7 y 41-53) añaden el huevo primordial de los órficos (huevo que éstos a veces equiparan al Caos de Hesíodo, y en todo caso puesto, o engendrado, por un ser llamado Chronos 'el Tiempo', algunas veces identificado con el Titán Kronos 'Crono' o 'Saturno', y otras con Hércules; del huevo se indica a veces que brota el bisexual Fanes o Fanete; todo ello forma parte del mito cosmogónico órfico descrito en *Orphicorum fragmenta*, fragmentos 54-57 Kern; véanse algunas precisiones útiles, aunque incompletas, en Kirk-Raven, *Los filósofos presocráticos*, Madrid, 1969, pp. 64-75), y estiman que el nacimiento ovíparo es un motivo, a la vez religioso y de cuento popular, de remota antigüedad, que sería así el más primario en el mito del nacimiento de Helena, y sobre el que, por ulterior reflexión, se habría formado secundariamente el motivo de la figura de ave en sus progenitores (Zeus-cisne y Némesis-gansa). Cabe añadir todavía, como fantasía poética inspirada en el motivo del nacimiento ovíparo de un ser humano o divino, y dentro de una majestuosa y casi seria parodia teogónica, el huevo que pone la Noche (y del que nace el Amor, que a su vez engendra o 'empolla' a las aves, que son las que lo cuentan, en un coro en tetrámetros anapésticos catalécticos) en las *Aves* de Aristófanes (v. 695).

Veamos el detalle y la problemática de los textos. Hay gran riqueza de variantes, que se pueden agrupar y clasificar según hablen de un huevo o de dos (o de ninguno, pero en conexión con las otras), según sea Némesis o Leda la madre de Helena, y según el número de criaturas que brotan del o de los huevos, o a quienes se atribuye aquella filiación. Dentro de cada sección estudiaremos los textos por orden aproximadamente cronológico.

A) *Un huevo*

A α) De él brota Helena, sin mencionarse a los Dióscuros.— El primer testimonio de esta versión es también el más antiguo que existe sobre la totalidad del mito de la concepción y nacimiento de Helena, y se encuentra en los *Cypria*, en una mención que no incluye fragmento alguno verbal del poema, pero sí indicación de su contenido, y es Philod. *περὶ εὐσεβείας* I 109 Crönert (en un papiro de Herculano); Bethe fue el primero que, en la utilísima edición del Ciclo épico contenida en su *Troischer Epenkreis* (= *Homer. Dichtung und Sage* II 2, 4, Leipzig 1929² = 1922¹) introdujo este texto, con el número 8.1, entre los fragmentos de los *Cypria*; como tal fragmento de *Cypria* lo acepta Herter, implícita pero categóricamente, en 1935 (en el antes citado artículo 'Nemesis' del Pauly-Wissowa, col. 2344, líns. 4-8), sin que su pertenencia a los *Cypria* haya sido cuestionada hasta ahora (cf. Kullmann, *Die Quellen der Ilias*, Wiesbaden, 1960, 255 s., Jouan, *Euripide...*, Paris, 1967, 148, n. 1, y Kannicht, comm. Eur. *Hel.*, Heidelberg, 1969, II 23). He aquí su tenor (prescindiendo de señalar las letras que no se leen o se leen mal en el papiro, pues las que se leen dan suficiente base para considerar muy plausible la reconstrucción de Crönert): $\delta\upsilon$ (con referencia a las diosas amadas por Zeus) $\eta\eta$ ν καὶ Νέμεσις $\eta\eta$ ν φησιν ὁ τὰ Κύπρια γράψας ὁμοιωθῆναι χηνί, Δία δὲ αὐτὴν διώκειν καὶ μιγῆναι, τὴν δὲ ὠιδὸν τεκεῖν, ἐξ οὗ γενέσθαι τὴν Ἑλένην, ὥσπερ αὖ Λήδας ἐρασθεὶς ἐγένετο κόκκος. Vemos aquí que la que pone el huevo del que nace Helena es Némesis, metamorfoseada en gansa, y que no se menciona claramente metamorfosis de Zeus al unirse a ella y sí, en cisne, al unirse a Leda; esto último es ya muy dudoso que Filodemo lo refiriese también a los *Cypria*, produciendo más bien la impresión de un compromiso de Filodemo, bastante confuso por otra parte, entre la versión de los *Cypria* y la eurípidea que luego veremos. Que en los *Cypria* se hablaba por lo menos de un huevo y de Némesis metamorfoseada, está directamente confirmado por Eustath. 1321, 38, e indirectamente por schol. λ 298 y (en parte) Horacio *a. p.* 147, textos que veremos en las versiones A β y B α ; y de varias metamorfosis, incluyendo una en pez, pero no en gansa, de Némesis, madre de Helena por Zeus, para escapar a la persecu-

ción amorosa de éste, de la que no se libra, y sin mención de huevo alguno ni de metamorfosis de Zeus, se habla en el más extenso de los fragmentos verbales que tenemos de los *Cypria* (fr. VII Allen = 7 Bethe), de 12 hexámetros, citado por Ateneo VIII 334 b-d).

Después de los *Cypria* la primera mención del huevo está en Safo, fr. 166 L.-P., citado también por Ateneo (II 57 d; además, por Eustath. 1686, 48, Etym. Magn. 822, 41, Etym. Gen. B 316, y Zonaras ὠδόν), pero sólo dice que lo encontró Leda (φαῖσι δὴ ποτα Λήδαν ἴσακίνθινον† πεπυκάδμενον εὔρην ὤιον), siendo así Safo la más antigua garante, al parecer aunque sin precisión alguna, de una versión, que veremos después, según la cual lo que hace Leda es ocuparse del huevo de Némesis hasta el nacimiento de Helena, así como de la crianza de ésta; y sin que podamos saber si Safo mencionaría a Helena, y sólo a ella, como la brotada del huevo; es decir, no podemos saber si el fragmento de Safo pertenece a la versión A α que estamos estudiando. De esta versión el primer testimonio, muy probable aunque no seguro, que encontramos después de los *Cypria* es la *Némesis* de Cratino, comedia representada en 429 a. C.; para obtener dicho testimonio es preciso combinar el fragmento 110 Edmonds (= 108 Kock), citado en Ateneo IX 373 e, con Eratosth. *catást.* 25 (y su traducción en el *Aratus latinus*, pp. 233 s. Maass) y schol. German. (Bas. p. 84, 19 y Sangerm. p. 152, 16 Breysig), resultando sólo la expresada probabilidad. En efecto, en primer lugar el fragmento, citado explícitamente como de la *Némesis* por Ateneo, para ejemplificar que en tiempos antiguos ἀλεκτροῦν podía también significar 'gallina', es de construcción un poco oscura y anacolútica; parece entenderse que alguien dice a Leda: 'ésa es tu tarea, y así demostrarás que por tus aptitudes en nada eres inferior a una excelente gallina: empollar este huevo para sacarnos de él un hermoso y admirable pollo':

Λήδα, σὸν ἔργον· δεῖ σ' ὄπως εὐσχήμονος
ἀλεκτρονόου μηδὲν διοίσει τοὺς τρόπους,
ἐπὶ τῷδ' ἐπέζουσ', ὡς ἂν ἐκλέψῃς καλὸν
ἡμῖν τι καὶ θαυμαστὸν ἐκ τοῦδ' ὄρνεον.

En Eratóstenes y schol. German. no se especifica que se trate de la *Némesis*, y, por otra parte, el autor citado es «Crates» y no Cra-

tino en Erastosth., scholia Sangermanensia y Aratus latinus p. 234 Maass; sólo los scholia Basileensia tienen «Cratino», aunque llamándole tragediógrafo; «ut ait Cratinus tragoediarum scriptor». En cambio, tanto Eratóstenes como unos y otros escolios especifican que se trata de Némesis, que Zeus se transforma en cisne para unirse a ella, que Némesis pone un huevo, y que de este huevo nace Helena; Eratóstenes añade (salvo en el códice Ven. Marc. 444 y su traducción del Aratus latinus p. 233 Maass, cuyo texto es mucho más breve) el sorprendente detalle, que no aparece en ningún otro texto, de que previamente Némesis se había convertido también en cisne, última de las metamorfosis a que había recurrido para librarse, como en *Cypr.* fr. 7, de la persecución de Zeus, y que por eso adoptó Zeus también la forma de cisne para unirse a ella: λέγεται δὲ τὸν Δία ὁμοιωθέντα τῷ ζῳῷ τούτῳ Νεμέσεως ἐρασθῆναι, ἐπεὶ αὐτὴ πᾶσαν ἤμειβε μορφήν, ἵνα τὴν παρθενίαν φυλάξῃ, καὶ τότε κύκνος γέγονεν· οὕτω καὶ αὐτὸν ὁμοιωθέντα τῷ ὄρνέῳ τούτῳ καταπτῆναι εἰς Ῥαμνοῦντα τῆς Ἀττικῆς, κάκει τὴν Νέμεισιν φθεῖραι· τὴν δὲ τεκεῖν φόν, ἐξ οὗ ἐκκολαφθῆναι καὶ γενέσθαι τὴν Ἑλένην, ὡς φησι Κρατίνος ὁ ποιητής. Es sumamente dudoso el alcance que deba darse a este 'como dice el poeta Cratino', sobre todo habida cuenta de que en el fragmento de la *Némesis* se menciona a Leda y no a Némesis, y lo contrario sucede en Eratóstenes y en schol. German. Pero, aun así, de la combinación de esos textos resulta muy probable que Cratino en la *Némesis* mencionara el huevo de Némesis, incubado por Leda y del que nacía Helena, así como la metamorfosis de Zeus en cisne; quizá también la metamorfosis en cisne de la propia Némesis, última de las varias que ésta opera en sí misma. (Iconográficamente, algunos de los mencionados detalles, señaladamente el huevo, una criatura que de él sale, y algunas figuras adultas, aparecen, sin ofrecer precisiones suficientes para que podamos saber la versión que representan del mito, en diversas vasijas del último tercio de siglo, contemporáneas, pues, las más antiguas, de la *Némesis* de Cratino; algunas de dichas figuras parecen ser los Dióscuros, lo que implicaría que Helena sale sola del huevo, y, por tanto, pertenencia a la presente versión Aα; v. Brommer, *Vasenlisten zur gr. Held.*², 362 s., y Beazley, *Etruscan Vase-Paintings*, 39-41.)

Sólo diecisiete años posterior a la *Némesis* de Cratino es la *Helena* de Eurípides, pieza representada en 412 y primera obra segura en que de modo explícito y categórico es Leda, y no ya Némesis, la madre de Helena, manteniéndose en cambio inalterado el dato tradicional de la paternidad de Zeus-cisne: vv. 18-21, 213-15, 1145 s. Eurípides vuelve a hacer uso de esa misma forma del mito poco después, en dos de sus últimas obras: *Or.* 1385 s. e *Iph. Aul.* 793-800. Anterior a la *Helena* podría ser quizá, en tres o cuatro años, el *Elogio de Helena* de Gorgias, de datación insegura, y en cuyo parágrafo 3 se menciona a Leda como madre de Helena; pero, en todo caso, dicha mención está sin otro detalle ni precisión alguna (μητρὸς μὲν Λήδας), y tampoco de Zeus dice Gorgias que tomase la forma de cisne, siendo esa conjunción, a saber, Leda madre de Helena por obra de Zeus-cisne, lo específicamente nuevo de Eurípides. El huevo no aparece en ninguno de los mencionados pasajes, y sí en cambio, y como un único huevo, puesto por Leda y del que brota Helena sola, en vv. 257-59 de la *Helena*, pasaje éste sobre el que pesa una infundada condena o seclusión, formulada en 1808 por Wieland, reiterada en 1851 por Badham, señalada con signo de atetesis en la mayoría de las ediciones desde entonces (incluso en la última Teubner, de 1964, por K. Alt), y últimamente preconizada, entendiéndolo el pasaje como una interpolación de actores que habrían tomado de alguna comedia sobre Leda o Némesis la idea de estos versos, y en virtud de un examen de la cuestión hecho con la concienzuda y exhaustiva seriedad analítica que caracteriza a la totalidad de su amplísimo comentario, por Kannicht. Pero ni siquiera Kannicht nos convence; por fortuna tenemos también muy buenas defensas del pasaje en el comentario de Paley (de 1874), en las ediciones de Grégoire y Campbell (de 1950 ambas), en el estudio de Matthiessen (de 1964) y, sobre todo, en el comentario de Dale (de 1967), y el pasaje es tan genuino como el que más lo sea, tanto en la secuencia del pensamiento como en el «mitologema» que contiene. Por tanto, también el huevo puesto por Leda, y no ya sólo la mera maternidad de ésta por obra de Zeus-cisne, es variante que aparece por vez primera en Eurípides y que después acabará por imponerse sobre la de Némesis.

En cuanto a la innovación de Eurípides, nos es absolutamente imposible saber si fue invención suya o si, por el contrario, siguió

Eurípides una tradición ya existente, pero por azar no atestiguada en lo que se nos ha conservado anterior a él, y, en el primer caso, cuál pudo ser el estímulo o causa que le movió a dicha invención o *καινοτομία*. Kannicht (pp. 22 s. de su comentario, ad vv. 16-22) parte de la doble paternidad (Zeus como padre verdadero, Tindáreo como putativo) que está implicada para Helena ya en Homero (Διὸς ἔκγεγαυία, etc. en Γ 199, 418, 426, δ 184, 219, 227, 569, hermana, al menos de madre, de Cástor y Pólux en Γ 236-42, Leda madre de los Tindáridas en λ 298-304) y cuya formulación más categórica se encuentra en Gorgias (*Hel. encom.* 3 μητρός μὲν Λήδας, πατρός δὲ τοῦ μὲν γενομένου θεοῦ, τοῦ δὲ λεγομένου θνητοῦ, Τυνδάρειω καὶ Διότι) y después en Apolodoro (III 10, 7), Higino (*fab.* 77 y 80), Pausanias (I 33, 7), schol. λ 298, Servio (*Aen.* II 601 y VI 121), Lactancio Plácido (schol. *Achill.* 180) y Myth. Vat. II 132. A partir, pues, de todo eso conjetura Kannicht que la conjunción 'Leda madre de Helena por obra de Zeus-cisne' no debió existir en el mito antes de Eurípides, y que se trataría, por tanto, probablemente, de una *καινοτομία* o invención deliberada de Eurípides; pero de una invención que sería sólo un paso más, aunque en sentido divergente, en el camino innovador ya iniciado por Estasino, puesto que, siempre según Kannicht, la propia versión de los *Cypria* es ya una contaminación, de carácter simbólico y moralizante, entre la Némesis ática de Ramnunte y la Leda laconia que, según él, sería la madre de Helena, con alumbramiento natural y no ovíparo, en la versión más antigua del mito. Parece entender Kannicht que para esa contaminación, utilizada después por Safo en el fragmento que antes vimos, habría aceptado Estasino una versión ática del mito que sería la que siglos después representó Fidias (o Agorácrito, según Plinio *n. h.* XXXVI 17; Zenobio V 82 y Suidas Ῥαμνουσία dicen que la obra era de Fidias, pero que éste la dejó pasar como de Agorácrito, procedimiento que Plinio atribuye a Fidias en general, pero no en este caso concreto) en el pedestal de su estatua marmórea de Némesis en Ramnunte, pedestal en que, según célebre descripción de Pausanias (I 33, 7), figuraba Helena conducida por Leda a Némesis, madre de aquélla. Añade también Kannicht (pp. 24 s.) la suposición de que Eurípides, al presentar a Helena como inocente, encontraría inadecuado que fuera hija de Némesis, por la sugerencia simbólica que implica este nombre (νέμεσις 'venganza', 'instrumento o actua-

lización del plan o del castigo divino', etc.; cf. Herter, 'Nemesis', col. 2344, líns. 24-39, y Jouan, op. cit. pp. 150 s.; la idea estaba ya en Welcker, *Der epische Cyklus* II 134 y *Griechische Götterlehre* III 27), sugerencia que habría sido decisiva para la contaminación que él (y antes Herter, col. 2345, lín. 20) supone en Estasino. Pero toda esa masa de suposiciones es, en efecto, puramente conjetural y muy poco atrayente, y, por otra parte y sobre todo, está en flagrante contradicción con los indicios, que al principio vimos, de que el alumbramiento ovíparo es un rasgo antiguo o genuino del mito. En efecto, la pretensión de que es de mayor antigüedad la versión «laconia» de la maternidad de Leda implica que la maternidad de Némesis, con su Zeus-cisne y su huevo, serían innovaciones «áticas» que habrían modificado así un mito que no habría tenido más rasgo prodigioso que la unión de Zeus con Leda, y es muy difícil admitir nada de eso, porque ni tiene indicio alguno a su favor ni deja de oponerse a los indicios de mayor antigüedad del nacimiento ovíparo; y ello, sobre todo, por la enconada insistencia de Kannicht en que el huevo no está en Eurípides, y en que si no está es porque Eurípides, al eliminar a Némesis, ha restablecido la maternidad originaria de Leda, a la vez que tomaba, del motivo Némesis-gansa de los *Cypria*, el de Zeus-cisne para su propia versión (lo que es también muy difícil de admitir, puesto que Zeus-cisne está en varios de los testimonios de la versión de la maternidad de Némesis, entre otros en la *Nemesis* de Cratino). De manera que, aun cuando, como bien dice Eitrem ('Leda', col. 1119, líns. 46-49), no hay claridad alguna sobre cuál de las dos madres, Némesis o Leda, figuraría como tal madre de Helena en la versión más antigua del mito, ni sobre a cuál de las dos se atribuiría primero el alumbramiento ovíparo, la antigüedad de éste, en todo caso, y la posibilidad de que Eurípides hubiera recogido una versión antigua, laconia o no, en que era Leda la amada por Zeus-cisne y ponía el huevo, son datos absolutamente innegables y de los que no se puede prescindir.

Más atrayente es la observación, que precede en la misma página 24 y en la 23 de Kannicht, según la cual la maternidad de Leda, expuesta en vv. 17-21 por la propia Helena, constituye una etopeya irónica en que Helena se muestra a sí misma como la más desgraciada de las mujeres, a pesar de ser el fruto de ese curioso amor de Zeus a Leda; pero esto, a pesar de que, como hemos dicho,

Kannicht parece inclinarse (aunque, desde luego, sin gran convicción: «Die hier vorliegende... Version sieht... eher nach euripideischer Erfindung als nach wiederentdeckter Überlieferung aus») por la *καινοτομία*, no milita en absoluto a favor de ella, y es perfectamente compatible con una tradición mítica anterior, laconia o no, que Eurípides hubiera podido recoger, y en la que pudo estar Zeus-cisne uniéndose a Leda.

(Sin mención de huevo alguno ni de cuál o cuáles fueron los frutos de esa amorosa unión, aparece Leda amada por el falso cisne en *Ciris* 489, *Ov. Met.* VI 109, *Anthol. Pal.* V 307 (de Antífilo de Bizancio), *Theb.* X 503 s. y schol., schol. *Theb.* IV 236 y IX 425; conversión de Leda en Némesis previa a la unión con Zeus-cisne, como variante de la mera unión con Leda, tenemos en schol. *Or.* 1385; identificación de ambas, en *Clem. Rom. hom.* V 13 y (Leda al morir pasa a ser, o a llamarse, Némesis, como Ino a Leucotea y Rómulo a Quirino) en Lactancio, *div. inst.* I 21, 23; y color blanco y cuello largo de Helena como hija de un cisne, en *Lucian. gall.* 17.)

Añade Eurípides, en dichos vv. 17-21 de la *Helena*, por boca de la propia Helena, que Zeus en figura de cisne fingió que se refugiaba en el regazo de Leda huyendo de un águila que le perseguía, y que gracias a ese ardid consiguió su amoroso propósito; este detalle de fingir que huye de un águila lo veremos en seguida, aunque referido al amor de Zeus a Némesis y levemente alterado en su ejecución, en Higino.

Después de Eurípides es oportuno colocar el *Elogio de Helena* de Isócrates, que, aunque no contiene mención de huevo alguno, presenta, en el párrafo 59, y más explícitamente aún que Filodemo en lo que antes vimos, duplicidad de la metamorfosis de Zeus en cisne, así como duplicidad de amadas (Némesis y Leda): *κόκνος δὲ γινόμενος εἰς τοὺς Νεμέσεως κόλπους κατέφυγε, τοῦτῳ δὲ πάλιν ὁμοιωθεὶς Λήδαν ἐνόμφευσεν*, lo que podría ser también un compromiso, de Isócrates, precedente del que antes hemos supuesto en Filodemo, para admitir a la vez la versión de *Cypria* y la euripídea. (Sólo la unión de Zeus-cisne con Némesis está en el fragmento 11 [Jac. = FHG 14, en schol. *Theog.* 223] de Asclepiades de Mirlea, discípulo de Isócrates.)

Indicios de un compromiso similar pueden verse también en un par de trímetros de una comedia de Érifo citados por Ateneo

(II 57 d - 58 b = fr. 7 Kock), en los que alguien afirma, de ciertos magníficos huevos de gansa, que son los que puso Leda:

ῥά λευκά γε
καί μεγάλα. χήνει' ἔστιν, ὡς γ' ἔμοι δοκεῖ.
οὔτος δέ φησι ταῦτα τὴν Λήδαν τεκεῖν.

Pero para nuestra versión específica del huevo único del que brota Helena sola, después de Eurípides tenemos el testimonio, no por oscuro menos categórico, de Licofrón, que en vv. 88 s. de la *Alejandra* llama, en el estilo críptico de ese inmenso oráculo, τὸργος ὑγρόφοιτος 'buitre de pantano' a Zeus y κελυφάνου στρόβιλον ὠστρακωμένην (sc. τρήρωνα, objeto, expresado en el relativo ἦν del v. 88, de ἐκλοχεύεται; por eso van en acusativo στρόβιλον, que es aposición, y ὠστρακωμένην, que es participio atributivo) 'paloma encerrada en cáscara, peonza de caparazón' a Helena; parece, pues, estar bien dentro de nuestra versión A α , aunque su oscuridad ha dado lugar a prolijas explicaciones de los escolios, que vienen a ser así otros tantos testimonios que veremos en las versiones siguientes.

Y tras Licofrón, hay que saltar a los dos mitógrafos mayores, Apolodoro e Higino, que presentan, bien elaborada y detallada, la versión mixta, a saber, Leda ocupándose del huevo de Némesis, que, como vimos, parece encontrarse en Safo por vez primera. Apolodoro (III 10, 7, reproducido con mucha aproximación en schol. Lycophr. 88, p. 49, 1-6 Scheer) describe, como alternativa de la versión 'Leda y el cisne' en que él no menciona el huevo, la metamorfosis de Némesis en gansa (como *Cypr.* fr. 8.1 Bethe), así como la de Zeus en cisne, añadiendo que el huevo puesto por Némesis se lo dio un pastor a Leda (lo que es variante respecto de lo que dice Safo), y que Leda lo metió en un arca, hasta que de él salió Helena, a quien Leda cría como hija suya. Por su parte, Higino (sólo en *Poet. Astron.* II 8; el huevo no aparece en las *Fábulas*) presenta a Zeus-cisne fingiendo huir de un águila en la que ha mandado transformarse a Venus (a Mercurio en *Myth. Vat.* I 78, texto perteneciente a la versión A β) y refugiándose en el regazo de Némesis; ésta lo acoge y se queda dormida, aquí sin metamorfosearse, y, fecundada por Júpiter durante su sueño, meses más tarde pone un huevo que Mercurio

lleva a Esparta y deposita en el regazo de Leda; y cuando de él nace Helena, Leda la llama hija suya. (A continuación menciona Higino, como alternativa, la unión de Zeus-cisne con Leda.) Que Leda se ocupó de la crianza de Helena, hija de Némesis, y que el padre de Helena es Zeus y no Tindáreo, lo primero como versión panhelénica, y lo segundo, al parecer, como creencia universal, lo afirma Pausanias en I 33, 7, donde no menciona el huevo; sí, en cambio, y como huevo puesto por Leda, sin más precisiones, en III 16, 1.

Por último, en el geógrafo Agatárquides (anterior a Pausanias en cerca de tres siglos, pero a quien colocamos en último lugar por la escasa precisión de su testimonio) se menciona de nuevo un huevo, puesto por Leda y del que se formó Helena (*de mari Rubro*, 7 = GGM I 114, 43-45, dentro de una larguísima enumeración de prodigios míticos: Λήδαν ἀντί τῆς καθηκούσης γυναικί τεκνώσεως ᾠοῦ τεκεῖν φύοιν, ἐξ οὗ τὸ περιμάχητον εἶδος, τὴν Ἑλένην λέγω, τυπωθῆναι); Agatárquides reproduce en todo caso, al menos en algunas de sus líneas esenciales, la versión eurípidea.

A β) Del huevo único brotan Helena y los dos Tindáridas Cástor y Pólux. — Esta versión figura, ante todo, como fragmento 8.3 (en schol. λ 298) de los *Cypria*, en la edición de Bethe, y ello por la indicación ἡ δὲ ἱστορία παρὰ τοῖς νεωτέροις que se encuentra al final de dicho escolio, pero que no puede bastar para estar seguros de que pertenece a los *Cypria*; es, por el contrario, poco probable dicha pertenencia, porque el escolio no menciona a Némesis, sino a Leda, que, fecundada por Zeus-cisne, pone un huevo que deposita en un arca (como en Apolodoro el huevo de Némesis que le trae el pastor) y del que nacen los tres hermanos. Némesis aparece, en cambio, en schol. Callim. *in Dian.* 232, en donde Leda, como en Safo, encuentra el huevo de Némesis (que había sido fecundada por Zeus, no mencionando este escolio la figura de cisne), y, como en el fragmento verbal de la *Némesis* de Cratino, lo incubaba hasta que de él salen los tres hermanos (Ῥαμνοῦς... ἔνθα τῇ Νεμέσει ὁ Ζεὺς συνεκαθεύδησεν, ἥτις ἔτεκεν ᾠόν, ὅπερ εὔροῦσα ἢ Λήδα ἐθέρμανε καὶ ἐξέβαλε τοὺς Διοσκόρους καὶ τὴν Ἑλένην); lo mismo, pero sin omitir la figura de cisne, está en schol. Lyc. 88, p. 48, 25-27, y (como variante del nacimiento de Helena sola, y ya sin incubación, que no vuelve a mencionarse más en textos griegos) p. 49, 7 s.; omi-

tiendo la figura de cisne y junto a otras variantes, en schol. 511, p. 185, 25-27; y con la peculiaridad de que es la propa Némesis la que entrega el huevo, pero a Tindáreo, quien a su vez se lo entrega a Leda, en schol. 89, p. 50, líns. 1-4. Némesis o Leda, pero con cierta preferencia por esta última, y Zeus-cisne, más el nacimiento de los tres hermanos ἐν φῶφι, es el relato de un nuevo testimonio de esta versión, a saber, schol. Arat. 273.

Némesis reaparece, metamorfoseada pero sin decírsenos en qué, con el huevo solo implicado, sin mención de metamorfosis de Zeus (como en *Cypria*, que cita) y, por último, con explícita exclusión de Leda como madre de los tres hermanos y sin referencia a su incubación del huevo, en Eustath. 1321, 38. Que esto, a pesar de Eustacio, no puede ser de *Cypria*, porque en *Cypria* sólo Helena era hija de Némesis, lo afirma Herter en 'Nemesis', col. 2344, líns. 4-8; pero es difícil admitirlo así sólo por el silencio, respecto de los Dióscuros, de Filodemo en el fragm. 8.1 Bethe de *Cypria*; aunque nosotros, en virtud de dicho silencio, hemos incluido ese fragmento en la versión A α , ello no excluye la posibilidad de que los *Cypria* contuvieran, ya fuera exclusiva, ya alternativamente, la presente versión A β .

Los restantes testimonios de esta versión son latinos y, a excepción de uno solo, omiten toda mención de Némesis. Ese uno es Ausonio, *epigr.* 54 Schenkl, que presenta, poéticamente parafraseado, un contenido bastante similar al de schol. Callim.: Leda incubando el huevo de Némesis, y silencio sobre la figura de cisne de Júpiter. La incubación no es segura, pero no parece plausible entender de otro modo la expresión ausoniana, que es 'Némesis los concibió, pero Leda, para darlos a luz, los calentó' (hos genuit Nemesis, sed Leda puerpera fovit), en donde *puerpera*, por la conexión que ahora veremos, no tiene su sentido habitual de 'después de haber dado a luz', 'la que ha dado a luz', sino ese otro de previdencia o finalidad, que concuerda con el carácter ambiguo que Ausonio atribuye a la maternidad de Leda y de Némesis, equiparándola a la vez a la ambigua paternidad de Tindáreo y de Júpiter: 'a esos que ves nacer de un huevo triple considéralos nacidos de padres y madres ambiguos. Némesis los concibió, pero Leda, para darlos a luz, los calentó; Tindáreo es su padre, y Júpiter también: el uno cree serlo, el otro sabe que lo es':

istos tergemino nasci quos cernís ab ovo,
 patribus ambiguís et matribus adsere natos.
 hos genuit Nemesis, sed Leda puerpera fovit;
 Tyndareus pater his et Iuppiter: hic putat, hic scit.

Digno de consideración es también en ese eprigrama de Ausonio el adjetivo *tergemino*, que, a diferencia del *gemino* que luego veremos en *gemino ab ovo*, no parece que pueda ser aquí otra cosa que un huevo único con tres criaturas dentro, sinónimo del *triplex* que aparece en otro pasaje del propio Ausonio (que presenta la misma versión A β de huevo único del que brotan los tres hermanos, pero aquí sin mencionar a Némesis ni a Leda), a saber, el v. 10 del *Griphus ternarii numeri* (Auson. XXVI 2 Schenkl):

inde tridens triplexque Helenae cum fratibus ovum.

Los otros testimonios latinos son Servio (*Aen.* III 328) y Myth. Vat. (I 78 y III 3, 6). En los tres aparece Leda como madre; en los dos primeros, Júpiter-cisne, y en Myth. Vat. I 78, además, su fingido huir de un águila en que ha mandado convertirse a Mercurio.

Por último, hay que mencionar un testimonio que, si fuera seguro para esta versión, habría que haberlo colocado en primer lugar, pero que es sólo posible para ella, siendo lo probable que pertenezca a la versión B β , y es Horacio en *sat.* II 1, 26 s. (*Castor gaudet equis, ovo prognatus eodem, pugnis*), pues, al no mencionar a Helena este texto, para referirlo nosotros a la presente versión tendríamos que suponer que Helena está tácitamente incluida en el mismo huevo que sus dos hermanos varones, y ello es incompatible, como vamos a ver, con la versión B α que Horacio sigue en *gemino ab ovo*.

B) Dos huevos

B α) Sin especificar qué criaturas brotan de cada huevo.—El primer testimonio de esta versión es también el más célebre y prestigioso de todos los textos griegos y latinos referentes a la génesis y nacimiento de Helena (a pesar de no nombrarla), el horaciano *gemino ab ovo* de *a. p.* 147 (*nec gemino bellum Troianum orditur ab ovo*), infinitamente citado, pero poco estudiado en

su problematismo y en sus conexiones, a lo largo de la tradición clásica, y por el que la mayoría de los comentarios pasan con extraña imprecisión o vacilaciones. Así, por ejemplo, nada útil se encuentra sobre el *gemino ab ovo* en los, en general, excelentes comentarios de Kiessling-Heinze, Grimal, Pontani y reciente de Brink; sólo el de Orelli-Baiter ofrece datos de interés y bien manejados, aunque en modo alguno suficientes para alcanzar una interpretación segura. Y en cuanto a traducciones, las hay de diversos tipos, que en esencia pueden reducirse a dos:

1.º 'El huevo de los Gemelos'. En este tipo, que es muy minoritario y parece inspirado por el escolio acroniano al v. 147 (escolio del que luego hablaremos), queda sin especificar de qué gemelos se trata; estos traductores parecen pensar sólo en Cástor y Pólux, aunque a veces con grandes vacilaciones. Tenemos así: Leconte de Lisle (Paris, 1873: 'à partir de l'œuf des Jumeaux', sin aclaración alguna); H. Färber (München, 1967: 'beim Zwillingssei', pero en el comentario habla de 'Doppelsei' y de probable referencia al nacimiento de los tres hermanos); Tarsicio Herrera Zapién (México, 1970: 'desde el huevo gemelo', pero en nota dice: «Es el que dio origen a Cástor y a Pólux, o del que nacieron Helena y Clitemnestra, hijos todos de Leda...»).

2.º 'Los dos huevos', a saber, de Leda. Aquí las divergencias aparecen, sobre todo, en las notas, respecto de las criaturas que se indican como salidas de cada huevo. A este tipo, enormemente mayoritario, pertenecen, entre otros traductores y anotadores, los siguientes: Fernando Lozano (Sevilla, 1777: 'de los dos huevos de Leda'), J. R. T. Cabaret-Dupaty (Paris, 1837: 'aux œufs de Léda' y en el comentario: '...deux œufs, dont l'un contenait Hélène et Pollux, l'autre Castor et Clytemnestre'), Javier de Burgos (Madrid, 1844: 'por los huevos de Leda', y en el comentario: «es decir, desde el nacimiento de Helena»), H. Patin (Paris, 1848: 'aux deux œufs de Léda'), A. Nisard (Paris, 1855: 'aux deux œufs de Léda'), H. Rigault (Paris, 1858: 'par les deux œufs de Léda'), F. Dübner (Paris, s. d., comm.: 'l'œuf de Léda, ...' y después 'de l'un sortirent Pollux et Hélène, de l'autre Castor et Clytemnestre; mais d'autres fables différent sur ce point'), R. de Miguel (Madrid, 1867³, comm.: '...dos huevos: del uno nacieron Cástor y Clitemnestra, y del otro Pólux y la hermosa Helena'), Plessis-Lejay (Paris, 1911, comm.: 'les deux œufs

de Léda; de l'un sortirent Castor et Pollux; de l'autre Clytemnestre et Hélène...'), H. Rushton Fairclough (London, 1926: 'from the twin eggs' y en nota: 'i. e. from the birth of Helen'), F. Villeneuve (Paris, 1955): 'aux deux œufs (de Léda)), y L. Riber (Madrid, 1945: 'del doble huevo de Leda', y en nota: 'Los dos huevos de Leda; del uno nacieron Cástor y Pólux; del otro, Clitemnestra y Helena...').

Tampoco los léxicos son en esto de gran utilidad, ni siquiera el *Thesaurus linguae latinae* Academiarum quinque Germanicarum, que en 'geminus', de 1927, col. 1747, líns. 36 ss., incluye nuestro pasaje en la acepción «IV de corpore uno duplicis substantiae (quasi de arta geminorum coniunctione): A in quo altera pars alteri similis (i. res una ex duabus simillimis conflata)», equiparándolo con *Castra Gemina*, *legio gemina*, e interpretando, con base en una de las varias explicaciones ofrecidas por el antes mencionado escolio acroniano, *ab ovo gemino* como 'ab ovo geminorum', es decir, como *Leconte de Lisle* y *Färber*.

De los escolios, Porfirión no ofrece nada útil ni aquí ni en *sat.* II 1, 26 s.; nada tampoco, en este último pasaje, los acronianos, que, en cambio, en *a. p.* 147 dan hasta cuatro explicaciones diferentes: 1) 'el huevo del que nacieron Cástor y Pólux', con hipálage; 2) 'de ambos sexos'; 3) 'grande'; y 4) 'triple' (sc. de triple parto o trillizo): «Idest Castore et Polluce. Geminus aut utriusque sexus aut magno aut pro trigemino. Idest nec Troianum bellum cœpit ab ovo, ex quo gemini nati sunt Castor et Pollux, et est δπαλλαγή». Difíciles de admitir son las cuatro explicaciones. De las tres últimas no parece haber ejemplo alguno, o, por lo menos, no figuran dichas acepciones en el *Thesaurus*: 'grande' en absoluto (sí en 'geminus' del Forcellini: «item de crassis, amplis, obesis, grasso e grosso», pero lo autoriza Forcellini con un solo ejemplo que no puede admitirse: *Lucret.* IV 1168, en donde los códices dan *iamina*, y las ediciones en general, a partir de una conjetura de Bernays, *tumida*; *gemina* es corrección de Lambinus, pero «irrelevant» como bien dice Bailey); 'de ambos sexos' sólo cuando, por casualidad, las dos personas o animales designados son varón y hembra, como *geminus parens*, pero son sólo unos pocos entre otros infinitos ejemplos del mismo tipo en los que no hay diferencia de sexo; y 'triple', jamás en singular, y en plural en un solo ejemplo: *geminisque fratres pectore ex uno tria monstra natos stipite incusso fregit insultans*, vv. 837-39 del *Agamenón* de

Séneca, referidos a Gerion. En cuanto a la hipálage ('el huevo gemelo' por 'el huevo de los gemelos'), es difícil de admitir aquí si con 'los gemelos' se entiende (como entiende el escolio, y probablemente también Leconte de Lisle, el Thesaurus y, en parte al menos, Färber), 'Cástor y Pólux', pues es también muy difícil que Horacio, al reprobar que para narrar la guerra de Troya se empiece por sucesos remotos, pensase en los Tindáridas, que nada tienen que ver con dicha guerra (por lo que veremos en § 3) y se olvidase, en cambio, de Helena, que es el centro absoluto de la misma, y cuyo nacimiento presenta, respecto de la guerra misma, un alejamiento temporal directamente contrapuesto al *semper ad eventum festinat* que inmediatamente sigue en el verso 148. Es cierto que lo que precede en v. 146 *nec reditum Diomedis ab interitu Meleagri* (sc. *orditur*) presenta un alejamiento aún mayor entre los dos sucesos expresados en dicho verso que el que hay entre el nacimiento de Helena y la guerra de Troya, a saber, una generación más, y ello lo mismo si se trata, como es lo probable, del regreso de Diomedes de Troya a Argos, que del regreso a Etolia después de la campaña de los Epígonos (o incluso del regreso de Italia a Grecia indicado por una única fuente, a saber, Estrabón en VI 3, 9, 284 οἱ δὲ... φασὶ τὸν Διομήδη... καταλιπεῖν δ' ἡμιτελῆ καὶ ταύτην καὶ τὰς ἄλλας πράξεις μετὰπεμπτον οἴκαδε γινόμενον, κἀκεῖ καταστρέψαι τὸν βίον), pues en todo caso Diomedes es sobrino de Meleagro, a cuya muerte muere también su madre Altea, y al quedarse así viudo su padre Eneo se casa con Peribea y engendra a Tideo, padre de Diomedes; pero que el alejamiento a que Horacio se refiere es temporal y no temático está asegurado, no sólo por el indicado *semper ad eventum festinat*, sino también por el hecho de que, como hemos visto, la muerte de Meleagro tiene como consecuencia muy próxima la concepción del padre de Diomedes, existiendo así una conexión o línea directa que permite remontarse desde el regreso de éste hasta la muerte de aquél. Conexión que faltaría del todo entre la guerra de Troya y el nacimiento de Cástor y Pólux si en él no se implicara a la vez el de Helena, no sólo porque, como hemos dicho, los Tindáridas no tienen participación alguna en la guerra (aunque sí, muy modesta, en el recibimiento a Paris a su llegada a Amiclas), sino sobre todo porque su nacimiento de un huevo no puede, en

relación con la guerra de Troya, ser independiente del nacimiento de Helena ni dejar de evocarlo.

Así, pues, Horacio no podía dejar de pensar en Helena al decir *geminus ab ovo*; ahora bien, si pensaba en Helena y el huevo es uno solo, es ineludible el dilema: o de ese único huevo nacen los tres hermanos y entonces no habría dicho *geminus ab ovo*, sino *tergeminus* o *triplex* como Ausonio (no encontrándose en el Thesaurus, como hemos dicho, acepción ni ejemplo alguno en que *geminus*, en singular, equivalga a *tergeminus*), o sólo nacen Pólux y Helena, y entonces no se trata de los Tindáridas que dicen el escolio acroniano, Leconte de Lisle y el Thesaurus, y, sobre todo, hay además contradicción con el *ovo prognatus eodem* de *sat.* II 1, 26 s. Luego son dos huevos y no uno, y *geminus ab ovo* significa 'el doble huevo' en el sentido de dos unidades, sin hipálage, y no en el sentido de huevo con dos criaturas. Si admitiéramos esto último prescindiendo del *ovo prognatus eodem* o suponiendo que Horacio es aquí inconsecuente consigo mismo, el *geminus ab ovo* se insertaría de algún modo en la versión B γ.

La argumentación que precede impide también aceptar la propuesta de Robert, según el cual (Preller-Robert, II 344, n. 4) *geminus* estaría aquí empleado como en *geminus coniunx* de *Ov. Met.* VI 538, 'esposo doble', esto es, Tereo esposo único, a la vez, de las dos hermanas Procne y Filomela, a menos, como hemos visto, que de ese huevo único brotasen Pólux y Helena, y no Pólux y Cástor. Sí puede admitirse, en cambio, la similitud que para *geminus ab ovo* señala Forcellini con *geminusque Pollux* («h. e. Pollux cum Castore») de *carm.* III 29, 64, y con *geminus Castor* de *Ov. ars* I 746, puesto que *geminum ovum* significa 'dos huevos puestos a la vez por la misma madre' del mismo modo que *geminus Castor* significa 'dos hijos (sc. Cástor y Pólux) nacidos a la vez de la misma madre'. También significa 'dos' y no 'trillizas' (aun siendo trillizas esas dos, como la otra) *geminis sororibus* en *Hor. carm.* IV 7, 5 (*Gratia cum Nymphis geminisque sororibus*) y *geminæ sorores* en *Carm. epigr.* 1504 c 43 (*Gratia et geminae... sorores*), y en ese sentido hay que corregir lo indicado en el Thesaurus (col. 1741, 18), que equipara esos ejemplos con el del Agamenón de Séneca que antes vimos, pues, en efecto, hay un abismo entre decir *geminus fratres tria monstra* y decir *Gratia cum geminis sororibus*, y es casi seguro que para indicar la

triplicidad con sólo el adjetivo Horacio habría dicho *tergeminæ sorores* y *tergeminos fratres* como dice *tergeminis honoribus* en *carm.* I 1, 8.

Así, pues, en *a. p.* 147 Horacio habla de dos huevos, sin especificar qué hermanos nacieron de cada uno, y sin que, por tanto, podamos saber nosotros si él admitía alguna de las versiones B β , B γ o B δ , es decir, si admitía que a su vez cada uno de esos dos huevos era doble y daba nacimiento a dos hermanos, ni a cuáles, o si, por el contrario, que uno o los dos contenían una sola criatura y cuál era ésta. Lo único casi seguro es que, para Horacio, tanto Helena como los dos Dióscuros nacían de esos dos huevos, siendo lo más probable, en vista del *ovo prognatus eodem* de *sat.*, que también en *a. p.* entendiera que los dos varones nacían de un mismo huevo y Helena del otro.

Por último, cabe al menos recordar, en relación con esta versión B α , la pluralidad de huevos de gansa, sin más precisiones, cuya puesta se atribuye a Leda en el fragmento cómico, de Érifo, que vimos en la versión A α .

B β) De uno de los huevos nacen Cástor y Pólux; del otro, Helena y Clitemnestra.—De esta variante hay dos únicos testimonios seguros: *Myth. Vat.* I 204 y III 15, 3 (huevos puestos por Leda en ambos). Con alguna probabilidad puede adscribirse también a esta versión Horacio en el pasaje, incluido en la versión A β , que hemos visto también en B α (*sat.* II 1, 26 s. *ovo prognatus eodem*, sin indicación de quién es la madre), pues, como ya sabemos, este pasaje sólo en esta versión B β (y en B δ , todavía menos atestiguada) es compatible con *geminus ab ovo*.

B γ) Del primero de los huevos nacen Pólux y Helena; del otro, Cástor y Clitemnestra.—Un único testimonio: el «*Commentator Cruquianus*» ad *a. p.* 147, que ofrece la precisión, parcialmente concorde con la tradición pindárica, de que el primero de los huevos es fruto de Zeus-cisne y el otro de Tindáreo, ambos con Leda. Sin mención de huevo alguno se encuentra aquella misma distribución de parejas de hijos y de paternidades en Higino (*fab.* 77 y 80, con mención de Leda y de Júpiter-cisne en 77 y sin ella en 80). En Píndaro (*Nem.* X 149 s.), en efecto, tenemos, sin mención de huevo

ni de madre, la paternidad de Zeus para Pólux, y de Tindáreo (no nombrado) para Cástor. Más explícito es el escolio al pasaje, que nombra a Tindáreo como padre de Cástor según Píndaro, y menciona luego, ya sin atribución concreta, a Leda como la madre de Pólux y de Helena por obra de Zeus, añadiendo que Hesíodo (= fr. 24 M.-W.) considera hijos de Zeus a Cástor y Pólux, y a Helena hija también de Zeus, pero engendrada no en Leda ni en Némesis, sino en una Oceánide. Antes de Píndaro se encuentra, acerca de Cástor y Pólux, una versión que podría haber servido de sugerencia para la versión pindárica, y es el fragmento 6 Bethe (= VI Allen, en Clem. Alex. *Protr.* II 30, 5) de los *Cypria*, según el cual Cástor es mortal (sin decir quiénes son sus padres) y Pólux, en cambio, inmortal, 'vástago de Ares'. En Homero, en cambio, como señala el propio Clemente *ibid.*, se los menciona como muertos en Γ 243, habiendo dicho de ellos Helena, cinco versos antes, que son sus hermanos, nacidos de la misma madre, pero sin decir nada del padre; en λ 298-304 se los llama hijos de Leda y de Tindáreo y se habla de su alternativa vida y muerte (lo que es también una posible, aunque lejana, sugerencia para la versión pindárica, y aun para el propio fragmento 6 de *Cypria*; señalemos, a propósito, que ἑτερήμεροι de λ 303 sólo puede significar 'un día están vivos los dos, y el siguiente muertos los dos', como bien dice el escolio e interpretan Ameis-Hentze-Cauer, Murray, Bérard y Weiher, y no 'un día está el uno vivo y el otro muerto, y el día siguiente al revés' como interpretan Segalá, Colonna y Stanford). El escolio a λ 300 precisa que Homero no los tiene por hijos de Zeus, y sí los poetas posteriores, sin decir cuáles. (La versión pindárica, sin mención de Píndaro, y con alguna leve modificación, aparece resumida en schol. λ 300, 302 y 303, y su principal diferencia respecto de la Νέκυια, además de añadir las filiaciones diversas de ambos hermanos y la facultad de elegir que Zeus otorga a Pólux y que éste utiliza eligiendo compartir con su hermano la suerte alternativa, está en que en la *Odisea* es, implícitamente, alternación de vida (sobre la tierra) y muerte (bajo ella), y en Píndaro, con toda explicitud, de vida en el cielo y vida sobre la tierra; así también en *Pyth.* XI 93-96, en donde ambos son 'hijos de los dioses'.) Como hijos de Zeus y de Leda, llamándolos a la vez Tindáridas, se considera a Cástor y Pólux a partir de los *Himnos* homéricos 17 y 33; hijos de Leda en Eur.

Hel. 1644 s.; de Tindáreo y Leda, y hermanos de Helena, Clitemnestra y Timandra, en schol. *Or.* 457. De los textos que vimos arriba, en la versión A α , sobre la paternidad real, para Helena, de Zeus, y putativa de Tindáreo, refieren también a Pólux dicha doble paternidad, con paternidad real de Tindáreo para Cástor, Apolodoro III 10, 7 (donde las ediciones, desde Gale en el siglo xvii, añaden a Cástor <καὶ Κλυταιμνήστρα>, sin necesidad ninguna ahí, pues que Clitemnestra es hija de Tindáreo y Leda está dicho seis líneas más arriba, y, por otra parte, nadie ha sentido la necesidad de hacer dicha adición en la reproducción, casi literal, de ese pasaje de Apolodoro que se encuentra en schol. *Lyc.* 88, p. 49, líns. 11-14 Scheer), Higino *fab.* 77 y 80, Servio *Aen.* II 601 y VI 121, Lactancio Plácido *in Achill.* 180, y *Myth. Vat.* II 132. Uno de aquéllos, a saber, schol. λ 298, refiere a los tres hermanos la paternidad real de Zeus y putativa de Tindáreo, lo que puede ser un descuido del escoliasta o representar la versión de *hymn. Hom.* y Hesíodo. En cuanto al patronímico Τυνδαρίς para Helena, se encuentra a partir de Eurípides, que lo utiliza mucho, en la *Hécuba* primero (v. 269) y después en la *Andrómaca* (v. 898), en las *Troyanas* (v. 34), en la *Helena* sobre todo (vv. 472, 614, 1179 y 1546), en el *Orestes* (vv. 1153 y 1423), y, por último, en la *Ifigenia en Aulide* (vv. 61, 1335, 1417); algo menos, pero bastante también, hace uso Eurípides del mismo patronímico con referencia a Clitemnestra: *Hec.* 1278, *El.* 13, 60, 480, 806, *Iph. Taur.* 806, 1319, y *Or.* 826.

B δ) De uno de los dos huevos nace solo Helena; del otro, Cástor y Pólux.—Un único testimonio también: el scholium Rhe-naugiense citado por Orelli-Baiter ad *a. p.* 147. Como vimos, también aquí encajarían, aunque es improbable, el *ovo prognatus eodem* y aun el *gemino ab ovo*. Sin mención de Helena ni de Clitemnestra (ni tampoco de su madre) aparecen los Dióscuros, como nacidos de un huevo engendrado por Zeus-cisne, en schol. *Lyc.* 506.

Tales son, pues, todas las variantes o versiones existentes sobre el huevo o los huevos de Némesis o de Leda. Cabe ahora completar la enumeración de los testimonios de la versión en que no se menciona huevo alguno, algunos de los cuales los hemos visto ya en varios de los apartados precedentes. Casi todos ellos pertenecen a

la misma tradición que el antes visto escolio a Píndaro, *Nem.*: Pólux y Helena hijos de Zeus (añadiendo casi todos la figura de cisne, omitida en dicho escolio), Cástor de Tindáreo, y (en todos menos dos) Leda como madre de los tres (Clítemnestra, en cambio, no es nombrada en ninguno de estos textos, salvo en Hygin. *fab.* 77 y 80; sí, como hija de Tindáreo y Leda, por el propio Apolodoro en III 10, 6 y de Tindáreo en *epit.* II 16; la tradición se remonta a Homero ω 199 y Hesíodo, fr. 23 (a) M.-W.). Son los antes citados Apollod. III 10, 7, schol. Lyc. 88 (p. 49, líns. 11-14), Hygin. *fab.* 77 y 80, Myth. Vat. II 132, Serv. *Aen.* II 601 (omitiendo el cisne) y VI 121 (omitiendo a Leda y al cisne), y schol. *Achill.* 180 (como Serv. *Aen.* II 601); y además, schol. Lyc. 511, p. 185, líns. 27-31, que, como variante de la versión A β , menciona otras dos opiniones: 1.^a, que los tres hermanos nacieron de Leda y no del huevo; y 2.^a, que sólo Cástor y Pólux nacieron así, de modo natural, de Leda, fecundada por Zeus en figura de estrella (así también en schol. 88, p. 49, 9 s.), y que sólo Helena nació del huevo (esto último, concordante con la versión A α , y también en p. 49, 10).

Por último, he aquí algunos detalles relacionados ya sea con el huevo, ya con los padres de Helena. Media cáscara de huevo sobre la cabeza de cada Dióscuro tenemos en Licofrón 506 y schol. y en Luciano, *dial. deor.* XXVI 1, como ya vimos al principio. Que el huevo cayó del cielo está en Plutarco, *qu. conv.* II 3, 5, 637 b, mencionando vagamente a 'los poetas', sin más precisiones; que cayó de la luna, en Ateneo II 57 f, citando a Neocles de Crotona. Inmediatamente antes, en e-f, expone Ateneo, atribuyéndosela a Clearco de Solos, una pseudoexplicación racionalizante (reproducida por Eustacio, 1686, 40 s.): Helena 'en un huevo', ἐν ᾠῶν, significaría ἐν ὑπερῶν 'en la alcoba del piso alto'. Otra racionalización barata de la misma laya, parecida a las de Paléfato, Demón y Filócoro, y expresamente atribuida a Paléfato por Malalas, aparece en éste (IV [101]), en Cedreno (I 212) y en schol. Lyc. 89, p. 49, 19-22: Leda es seducida y comete adulterio (junto al Eurotas, como en Anthol. Pal. V 307, Stat. *Theb.* X 503 s., schol. IX 425, y *fab.* 77) con un joven llamado Cicno, hijo de Ederión, rey de Acaya (los nombres, omitidos por schol. Lyc., que designa al adúltero sólo como 'un rey'), y da a luz a los tres niños (Cástor, Pólux y Helena) en un solo parto; schol. Lyc., en líns. 22-26, añade que 'huevo' significa aquí (a saber,

en *Alex.* 88) 'vientre', y que la metamorfosis de Zeus en cisne significa que su unión amorosa con Leda tuvo lugar en un paraje húmedo, como hacen los cisnes.

Quizá como mera tentativa etimológica deba considerarse la indicación, en *Etymol. Magn.* 328, 3 s., de que Helena, arrojada por Tindáreo a un lugar pantanoso, ἐν ἐλώδει τόπῳ, se salvó por providencia divina, θεΐας δέ τινος προνοίας τυχοῦσα, y fue recogida por Leda.

Junto a la forma de cisne para la unión de Zeus con Leda, aparece mencionada la de serpiente para su unión con Némesis, sin más detalles, en schol. (es una mera glosa) Clem. Alex. *Protr.* II 37, 2, p. 308 Stählin, en lo que quizá haya confusión con la forma de serpiente adoptada por Zeus para su unión con su hija Perséfone, de la que fue fruto Zagreo, según expone con la máxima explicitud Nonno en *Dion.* V 565-74 y VI 155-68 y resulta también de la combinación de *Ov. met.* VI 114, el propio Clemente, *Protr.* II 16, 1, schol. Lyc. 355 y schol. *Isthm.* VII 3 (entre otros textos referentes a dicha filiación de Dioniso en los que falta la forma de serpiente o el nombre Zagreo o ambas cosas).

Un rasgo o versión aislada, pero que parece de lo más genuinamente folklórico-religioso, y con llamativa similitud con el más conocido sacrificio de Ifigenia y con el de Hele y Frixo, puede mencionarse aquí, aunque no tiene relación con el nacimiento de Helena, por referirse al menos a su primera juventud, antes de su boda con Menelao, y es el relato, en Plutarco (*parall. min.* 35, 314 c) y, algo más detallado, en Juan Lorenzo Lido (*de mens.* IV 147, pp. 165 s. Wunsch), de unos sacrificios humanos que se celebraban anualmente en Esparta, en virtud de un oráculo que había anunciado la cesación de cierta epidemia si anualmente se sacrificaba a una joven núbil y de buena familia. Habiendo correspondido a Helena por sorteo ser sacrificada, su padre Tindáreo se dispone a hacerlo y la lleva, ritualmente ataviada, al altar; pero en el momento en que va a clavarle la espada, un águila que baja volando le arrebató el arma, se la lleva hasta donde se encuentra el ganado vacuno y la deja caer sobre una becerra blanca, que, llevada a Tindáreo, es sacrificada por él en lugar de su hija, poniendo fin a los sacrificios humanos a la vez que cesa la epidemia. (El relato aparece atribuido a un

impreciso Aristides por Lido, y a un Aristodemo «en la Tercera Colección Mítica» por Plutarco.)

3. ELECCIÓN DE MARIDO, RAPTO Y PALINODIA

Estos tres motivos, a los que sirve de aglutinante el elemento prodigioso del fantasma estesicoreo, han sido detalladamente expuestos, aunque en forma sintética, en mi trabajo «Elección de marido: Helena, Odatis y Atalanta», publicado en *Jano*, y pueden a su vez resumirse brevemente del siguiente modo (prescindiendo del primer rapto de Helena, por obra de Teseo, que es en la historia de Helena una especie de excursus, interesantísimo por sí mismo y por una curiosa filiación de Ifigenia que es su principal consecuencia, pero con escasa proyección, centrada sobre la figura de Etra, sobre el resto de las aventuras de Helena), con adición, a la vez, de algunos datos allí omitidos:

Helena, solicitada en matrimonio por cuarenta y un pretendientes, recibe de su padre (en Eurípides, Aristóteles e Higino) la facultad, encargo o autorización para elegir marido. Elige a Menelao, se celebra la boda, y juntos viven en Esparta, de cuyo trono ha hecho también donación Tindáreo a Menelao (en Apollod. III 11, 2, epit. II 16, y Pausan. III 1, 5; cf. *fab.* 78). Algún tiempo después llega Paris a Esparta, ya sea como consecuencia del juicio de Paris (en la inmensa mayoría de las fuentes), ya por encargo de su padre (para recuperar a Hesíone en Draconcio, Servio, Lactancio Plácido y Myth. Vat.; para castigar a los griegos por haberse negado a la devolución de Hesíone, previamente reclamada por Anténor en nombre de Príamo, y con la esperanza, a la vez, de traerse a la propia Hesíone y también a la mujer más bella de Grecia, en Dares; para ofrecer sacrificio a Apolo, en Malalas), ya, en fin, por otros motivos (para lo mismo que en Malalas, pero sin encargo de Príamo, en Alcida-mante; para presentarse como pretendiente a la mano de Helena, a la vez que los demás, en Dión Crisóstomo; invitado por Menelao, en schol. Lyc. 132 y 136; sin indicación de cuál fuera el motivo, en Dictis). En el primer caso, es decir, cuando se precisa que Paris va a Esparta para obtener lo que Venus le prometió en el juicio, tenemos dos variantes: 1.ª, Helena, inducida por Afrodita,

se enamora de París y huye voluntariamente con él (así en casi todas las fuentes pertinentes a este primer caso); 2.ª, Helena no corresponde a las sollicitaciones de París y (en la *Helena* de Eurípides en todo caso y con toda explicitud, y probablemente ya antes en la *Palinodia* de Estesícoro; implicado también en la *Electra* de Eurípides) se queda de momento en Esparta mientras París, creyendo llevarse a Helena, se lleva sólo su fantasma o imagen, formado ya sea por Hera (en la *Helena* de Eurípides, vv. 31-35), ya por Zeus (en la *Electra* de Eurípides, vv. 1280-83, y quizá ya en Estesícoro). (De Estesícoro lo único casi seguro es que es nuestro más antiguo garante del fantasma y de su presencia en Troya en vez de la verdadera Helena, así como de que ésta estuvo en Egipto durante la guerra de Troya; pero que la verdadera Helena no navegara con París hasta Egipto es sólo probable para la *Palinodia*, siendo por lo menos posible que en esa obra Helena, raptada a la fuerza como en una de las variantes de los casos segundo y tercero, fuese con París hasta Egipto, en donde Proteo la retuviese entregando a París el fantasma en su lugar, aunque es, desde luego, más probable que en la *Palinodia*, como en la *Helena* de Eurípides, Helena se quedara de momento en Esparta y fuera después trasladada a Egipto, ya fuera por los aires por obra de Hermes, como en Eurípides, ya de algún otro modo.)

En el segundo y tercer casos, es decir, si el viaje de París a Grecia no es explícitamente motivado por el juicio de París, tenemos también en primer lugar las dos variantes de huida voluntaria de Helena con París (así en Alcídamente, Draconcio, Dares, Dictis y Malalas), y repulsa por parte de Helena de las sollicitaciones de París (en Servio, Lactancio Plácido y Myth. Vat., con las adiciones y conexiones que veremos en seguida), pero, además, otras dos, una absolutamente aislada, la ya indicada de Díón Crisóstomo, y otra que, oscuramente implicada en Licofrón vv. 128-138, está explicada con amplitud en los escolios a vv. 132 y 136, y, menos completa, pero con detalles adicionales, en schol. E 64. Nada de particular tiene la primera variante, y sí, en cambio, las otras tres, como vamos a ver.

La segunda está, como hemos dicho, en Servio, Lactancio Plácido y Myth. Vat., textos en los que Helena no accede a las sollicitaciones de París, y éste, que ha recibido de su padre el encargo de recuperar

a Hesíone y, si no lo consigue, robar a una griega en su lugar, rapta a Helena a la fuerza después de tomar Esparta al asalto; se añade aquí que por eso mereció que, después de tomada Troya, su marido Menelao la aceptara de nuevo, explicación totalmente diferente de las que vamos a ver en § 4, a saber, la de Lesques, Ibico y Eurípides por una parte, y la, en cierto modo intermedia entre ambas, de Quinto de Esmirna por otra. Ahora bien, la violencia de Paris sobre Helena que aparece mencionada en esta variante se encuentra ya mucho antes, sin indicación de encargo de Príamo ni de motivación ajena al juicio de Paris, a saber, en Gorgias como mera posibilidad, y en Licofrón como afirmación, aunque de un modo muy impreciso; y después, poco antes de Servio, y como mera excusa en boca de Helena al estar de nuevo a solas con Menelao, en Quinto de Esmirna XIV 156-58.

La tercera variante, esto es, la de Dión Crisóstomo, presenta ante todo un agudo y deliberado contraste con el célebre juramento que Tindáreo toma a los pretendientes de Helena antes de la elección de Menelao (juramento descrito en Hesíodo fr. 204 M.-W., vv. 78-85, Estesícoro fr. 190 Page en schol. B 339, Eurípides *Iph. Aul.* 57-67 y 391-93, y Apolodoro III 10, 9, y mencionado también, con mucho menos detalle, en Sófocles *Ai.* 1113, *Phil.* 72 y fr. 144, Tucídides I 9, Isócrates *Hel.* 40, Pausanias III 20, 9 y III 24, 10 s., y schol. Lyc. 204; cf. *fab.* 78), y se encuentra en el *Troico* o *Discurso XI* de Dión de Prusa (parágrafos 46-53 especialmente): Paris, pretendiente de Helena al mismo tiempo que Menelao y todos los restantes, es el elegido como marido, no por ella, sino, de común acuerdo, por su padre Tindáreo y por sus hermanos los Dióscuros, y sólo después de celebrarse el matrimonio legítimo de Helena con Paris es cuando éste se la lleva a Troya (esto último, en los parágrafos 53 y 61). Como he dicho, tal versión es absolutamente peculiar de ese discurso de Dión Crisóstomo (como las otras tesis paradoxales y antihoméricas del mismo), y, pese a lo que algunos dicen (por ejemplo, Schmidt en el artículo, por lo demás excelente, 'Tyndareos' del Roscher, de 1916-24, col. 1414), nada de eso, ni siquiera la presentación de Paris como pretendiente, está en absoluto implicado en Aristóteles, *Rhet.* II 24, 8, 1401 b 36-1402 a 1, ni II 23, 4, 1397 b 22, ni tampoco en el escolio a este último pasaje en Cramer, *Anecd. Par.* I 298.

Muy especial es también la cuarta variante, aunque, como hemos dicho, y a diferencia del aislamiento de la de Dión de Prusa, se encuentra en tres textos diferentes. El más importante de ellos es schol. Lyc., que ofrece en esencia el siguiente relato: Estando Esparta assolada por una epidemia, un oráculo anuncia que no cesará hasta que un espartano distinguido vaya a Troya a venerar la tumba de Lico y Quimereo, hijos de Prometeo y Celeno. Envían los espartanos a Menelao, durante cuya estancia en Troya Paris mata sin querer (un caso poco conocido del frecuentísimo φόνοϛ ἀκούσιος) a un hijo de Anténor llamado Anteo. Paris, temiendo permanecer en Troya, se embarca con Menelao, y juntos llegan a Esparta, donde Menelao lo purifica y hospeda (esto, con la mayor explicitud, en schol. 136; en schol. II. se habla de una visita de ambos al oráculo de Delfos, a quien consulta Menelao sobre su futura prole, y Paris sobre su futura esposa o, en schol. BLV, sobre cómo podrá raptar a Helena); y Paris, aprovechándose de esta hospitalidad y pisoteándola traidoramente, rapta a Helena. (Más impreciso aún que en los vv. 102-110 de la *Alejandra* es aquí, esto es, en los vv. 128-138 del mismo poema y en los citados escolios al mismo, si el rapto es con violencia, pero ésta está por lo menos sugerida.)

Por último, tan aislada como la variante tercera, y sin detalles que nos permitieran incluirla en ninguno de los tres casos que hemos considerado, está la afirmación, de inspiración en cierto modo estesticorea, aunque a la inversa, en Eustacio 1946, 9 (ad ψ 218), de que Helena fue víctima del engaño de Afrodita, que dio a Paris la figura de Menelao.

4. EL REENCUENTRO DE HELENA CON MENELAO

El comportamiento de Helena durante la guerra de Troya es ambiguo, y en ella luchan sentimientos encontrados. En general parece estar conforme con vivir con Paris y sentirse a gusto en Troya, como se desprende, muy especialmente, del hecho de que, cuando su actitud es la contraria, a saber, en varias escenas y manifestaciones del canto III de la *Iliada* y, en relato de la propia Helena, del canto IV de la *Odisea*, Homero siente la necesidad de explicarlo, y lo explica, en la *Iliada*, por la previa intervención

de Iris (Γ 139 s.), que infunde en Helena el deseo de su primer esposo, de su patria y de sus padres; y en la *Odisea* (δ 260-64), como un auténtico arrepentimiento, o al menos como tal se lo presenta Helena a Menelao al hablarle de aquel tiempo pasado:

αὐτὰρ ἔμὸν κῆρ
 χαῖρ', ἐπεὶ ἤδη μοι κραδίη τέτραπτο νέεσθαι
 ἄψ οἰκόνδ', ἄτην δὲ μετέστενον, ἦν Ἄφροδίτη
 δῶχ', ὅτε μ' ἤγαγε κείσε φίλης ἀπὸ πατρίδος αἴης,
 παῖδα τ' ἐμὴν νοσοφισσαμένην θάλαμόν τε πόσιν τε
 οὐ τευ δευόμενον, οὔτ' ἄρ φρένας οὔτε τι εἶδος.

En el primer caso es, en efecto, la intervención de Iris lo que da lugar a las duras palabras de Helena, maldiciéndose a sí misma primero en su conversación con Príamo (Γ 173-76, versos a los que se asemejan bastante Ζ 344-58, Ω 764-75, δ 145 s. y 260-64), rechazando indignada después a Venus (Γ 399-412) y maldiciendo y apostrofando, por último, directamente a Paris (Γ 428-36). Pero que su huida con Paris fue voluntaria está implicado en vv. 173-75, y, más aún si cabe, en las palabras de Penélope a Ulises en ψ 218-24; también en el sutilísimo cambio de sentimientos y de actitud que puede advertirse, tanto en las últimas palabras de Helena a Paris en Γ 433-36, ya en cierto modo previsibles desde el ὅσσε πάλιν κλίνασα de v. 427 que precede a sus reproches a Paris, como en el sobrio y delicado ἄμα δ' εἶπετ' ἄκοιτις, de v. 447, con que termina la escena entre Paris y Helena. Y de violencia de Paris no hay ni la más leve indicación en Homero, ni en B 356 (donde, como muy bien explica Leaf, en fundamental coincidencia, aquí, con Aristarco, Ἐλένης ὀρμήματά τε στοναχάς τε, fórmula repetida en v. 590, se refiere sólo a las luchas y sufrimientos de los griegos por causa de Helena), ni tampoco siquiera, dentro del apóstrofe de Héctor a Paris, en Γ 46-49, pasaje que algunos suponen ser lo que habría sugerido a Virgilio la alusión, en palabras de Juno a Venus, a la toma al asalto de Esparta por Paris, en *Aen.* X 91 s.:

me duce Dardanius Spartam expugnavit adulter,
 aut ego tela dedi fovive Cupidine bella?

Ni ἑτάρους ἐρίηρας ἀγείρας, μιχθεις ἀλλοδαποῖσι γυναῖκ' εὐειδέ' ἀνῆγες ἐξ ἀπίης γαίης implica violencia alguna, ni *Spartam expugnavit adulter*, que sí la expresa (aun cuando no son pocos los que lo entienden, fundándose en *expugnare pudicitiam* de Cic. *pro Cael.* XX 49 y en *expugnat iuvenum domos* de Hor. *carm.* III 15, 9, como mera metáfora o conquista amorosa de Helena), implica tampoco la menor involuntariedad de Helena, aun cuando sea para explicar esos dos versos por lo que Servio (a quien siguen Lactancio Plácido y Myth. Vat.), menciona la variante, que hemos visto en § 3, del rapto de Helena a la fuerza y contra su voluntad; en cambio, Dares, que describe con cierta amplitud la lucha de Paris y los suyos contra los espartanos que se oponen al rapto, presenta a Helena como consentidora en el mismo, compaginando así la tradición general de la voluntariedad de Helena, con esta otra de la expugnación de Esparta, y siendo en realidad su relato un desarrollo, no de Γ 46-49 como dice Conington, sino precisamente de *Aen.* X 91 s. (De expugnación de la casa y reino de Menelao, sin más precisiones, habla también Dictis, I 3.) Ni siquiera podría decirse que la involuntariedad de Helena esté en *Aen.* X 92 implicada por la mención de Cupido, que por su parte se inserta en la tradición, exculpatoria de Helena al atribuirlo todo a los dioses, que arrancando del propio canto III de la *Iliada* (vv. 164 s., dentro de las cariñosas palabras de Príamo a Helena), así como también de la *Odisea* (δ 261-64 y ψ 222-24), aparece desarrollada en Gorgias (*Hel. enc.* 6) y, sobre todo, en boca de la propia Helena, en las *Troyanas* de Eurípides (vv. 923-37, 940, 969-86, 1042 s.); también en boca de Menelao, en la *Andrómaca* (v. 680), y después, en palabras de Venus a Eneas, impidiendo que éste consume su propósito de matar a Helena, en *Aen.* II 601-03; tradición en la que podría a lo sumo haber negación de libre albedrío, nunca de voluntariedad (cf. *Humanismo y Sobrehumanismo*, pp. 46 y 305, n. 22).

En los últimos meses o semanas que siguen a la muerte de Héctor la conducta de Helena parece inclinarse, aunque no sin inconsecuencias, a favorecer a los griegos, sobre todo desde que la muerte de Paris le produce el pánico que tan bien describe Quinto de Esmirna en X 392-406 (pasaje en parte inspirado por las últimas palabras de Helena a Héctor en el entierro de éste en Ω 774-75). Y así, ya casada con Deífobo, empieza por ayudar a Ulises a robar el Paladio (en

Apollod. epit. V 13), o (en δ 250-56, dentro del antes mencionado relato de Helena a Menelao) reconoce y no delata a Ulises, que ha entrado en Troya disfrazado de mendigo y desfigurado, y que le revela los planes de los griegos; en la *Pequeña Iliada*, según se ve en la *Crestomatía*, esto era, al parecer, una primera entrada de Ulises solo, en Troya, a la que seguirá la que consuma el robo del Paladio, en la que Ulises va acompañado de Diomedes; y durante aquélla, Helena no se limita a escuchar de Ulises los planes de los griegos, sino que se pone de acuerdo con él para su realización. A continuación (vv. 257-264) manifiesta Helena que Ulises regresó al campamento argivo después de dar muerte a muchos troyanos, y que ella, como antes vimos, se alegró mucho, porque deseaba ya regresar a su antiguo hogar y lamentaba la obcecación que, obra de Afrodita, la había inducido a abandonar patria, hija y un marido no inferior a nadie en sabiduría y en belleza. Sin embargo, *no mucho después, según refiere a continuación Menelao en su respuesta a Helena* (δ 274-89), lo primero que hace Helena parece ser tan inconsecuente con lo anterior, tan directamente contrario a los intereses de los griegos, que algunos críticos modernos extienden a la mayoría de dichos versos de la *Odisea* (δ 274-89) la atetesis que Aristarco formuló contra los cinco últimos (285-89, según el escolio a 285, que añade, como fundamento de Aristarco para dicha atetesis, el hecho de que esos versos se refieren a Anticlo, héroe ajeno a la *Iliada*, y tomado, también según el escolio, del Ciclo épico; dice también el escolio que los versos no figuraban en todas las ediciones). Ahora bien, si ya las atetesis de Aristarco son por lo común difícilmente admisibles, mucho más lo son las de los atetizadores modernos, y es desde luego preferible, con Robert (p. 1248 y n. 1), y con Ameis-Hentze-Cauer (ad v. 275 y, sobre δαίμων como divinidad que impone su poder, frente a θεός, dios personal que realiza algo admirable o glorioso, ad β 134), admitir que ya Homero, como después Trifiodoro con mucho mayor detalle (*excid. Iiii* 454-498), explicaba por la intervención divina (en vv. 274 s. κελευσέμεναι δέ σ' ἔμελλε δαίμων, δς Τρώεσσιν ἐβούλετο κῦδος ὀρέξει; ese δαίμων, indeterminado en Homero, pasa a ser Afrodita en Trifiodoro) la casi incomprensible acción de Helena. En efecto, Helena está a punto de dar al traste con el efecto de sorpresa buscado por la estratagema del caballo de madera: imitando, junto al caba-

llo, las voces de las esposas de los héroes allí encerrados, a quienes de ese modo llama, da lugar a que algunos de ellos (Menelao, Diomedes y Anticlo) intenten salir o contestar, lo que sin embargo es impedido por Ulises, que llega a taponarle la boca a Anticlo (δ 277-89, Apollod. epit. V 19; en Tryphiod. 476-87 Anticlo muere asfixiado así por Ulises, a lo que hay también alusión en *Ov. Ib.* 569 s.).

La siguiente intervención de Helena en la contienda, narrada principalmente por Virgilio, en boca de Deífobo (*Aen.* VI 511-19), vuelve a ser favorable a los griegos y se sitúa en la noche luctuosa del saqueo y destrucción de Troya: Helena hace señal luminosa a los griegos, lo que, como bien dice Austin ad *Aen.* II 256, no está en contradicción con este último pasaje, en que Sinón abre el caballo al percibir la señal luminosa en la nave insignia en la que va Agamenón, mientras en VI 518 s. Helena, con su propia antorcha, guía a los griegos (que, al parecer, ya han desembarcado). Así, pues, en Virgilio la misión de Sinón no es encender antorcha alguna, que es, en cambio, lo que le atribuyen Arctino en la *Pequeña Iliada* (en Proclo p. 107, 26 s. Allen), Quinto de Esmirna (XIII 23 ss.), Apolodoro (epit. V 19), Trifodoro (510 s.) y Dictis (V 12); en cambio, en schol. *Lyc.* 340 es Anténor el que enciende la antorcha. En Trifodoro son los dos, Sinón (vv. 510 s.) desde la tumba de Aquiles, y Helena (vv. 512-21) desde sus habitaciones, los que encienden antorchas para guiar a los griegos, aún no desembarcados. Que Helena hace señal luminosa a los griegos está también en Hipólito, *refut. omn. haeres.* 252 (= 145, 8 Wendland) y Epifanio, *adv. haer.* I 2, haer. 21, 3 (Migne, tomo 41, p. 289), conforme observó, ya en 1852, Schneidewin, el primer editor que (juntamente con Duncker; la edición no apareció hasta 1859) atribuyó a Hipólito de Roma el *Κατὰ πασῶν αἱρέσεων ἔλεγχος* que antes se atribuía a Orígenes (el nudo hecho de haber sido Schneidewin el primero que hizo aquella observación está indicado por Norden, *Aen.* VI, ad v. 486). Virgilio añade, siempre en boca de Deífobo (*Aen.* VI 520-27), un detalle que no se encuentra en ningún otro sitio (salvo, tal vez implícitamente, en *fab.* 240) y que constituye así una versión absolutamente peculiar del reencuentro de Helena con Menelao: durante el saqueo de Troya, Helena introduce a Menelao en el dormitorio de Deífobo mientras éste duerme,

scilicet id magnum sperans fore munus amanti
et famam exstingui veterum sic posse malorum,

y Menelao mata y mutila a Deífobo indefenso. Esos dos últimos versos son muy relevantes porque contienen fundamental coincidencia con *Aen.* II 567-88 (pasaje de autenticidad discutidísima, pero no por eso menos segura, sobre todo después de la magnífica defensa de Austin en su comentario, y en el que Helena, durante el saqueo, se esconde en el templo de Vesta, donde la descubre Eneas, que está a punto de matarla); hay, en efecto, la misma conciencia de culpa por parte de Helena en ambos pasajes, conciencia que la hace temer por igual de griegos y troyanos, si bien en *Aen.* VI, según Deífobo, Helena esperaba conciliarse a los griegos, a Menelao al menos, con estos servicios de última hora, de refinada e imprevisible crueldad. Esta intervención que Virgilio, por boca de Deífobo, atribuye a Helena está, como decimos, absolutamente aislada en la tradición mitográfica y poética; pudo inventarla Virgilio, o pudo encontrarla como detalle adicional en alguna fuente, no llegada a nosotros, que en lo demás fuera semejante a las que nos relatan la matanza de Deífobo por Menelao, que, acompañado de Ulises, ha entrado en casa de aquél, y que a continuación se lleva a Helena (θ 516-20 y Tryphiod. 613-33; sin mencionar a Ulises, Arctino en Procl. *Chrestom.* p. 108 Allen, Apollod. epit. V 22, Hyg. *fab.* 113, Quinto de Esmirna XIII 354-57, Dictis V 12, y Tzetzes *Posthom.* 729-731; este último dice al menos Μενέλαος ἀριστήεσσι σὺν ἄλλοις; Ulises está también en *Aen.* VI 528 s.).

Aparte, pues, de esa última y peculiarísima versión del libro VI de la *Eneida*, tales son los antecedentes del reencuentro de Helena con Menelao, que, en su forma más famosa, aparece para nosotros por primera vez atestiguado en la *Pequeña Iliada* de Lesques. El reencuentro se produce tras un intervalo temporal sobre cuya duración hay dos versiones: diez años aproximadamente, a saber, los diez de la guerra, en una de ellas (que admite que la reunión, partida y arribada a Troya del ejército griego se habrían cumplido en sólo unos meses o semanas: así en la mayoría de las menciones de ese intervalo temporal, aunque siempre de una manera imprecisa y de pasada; la duración de la guerra es siempre de diez años, pero en cómputo inclusivo, es decir, terminada en el décimo año sin precisar qué parte de este décimo año había transcurrido: así a partir de B 329), y veinte años, a saber, antes de los diez de la guerra, otros diez que se habrían empleado en los preparativos (los dos

primeros años) y (los ocho restantes) en la arribada a Misia, regreso a Grecia sin haber logrado tocar en la Tróade, segundos preparativos, segunda reunión en Aulide, segunda partida, y arribada por fin a Troya. Esta última versión aparece por vez primera, aunque en mera alusión, en el ἑικοστὸν ἔτος de Ω 765, y después, expuesta con más detalle, en Apolodoro epit. III 18 y, con detalles distintos, en schol. B 765; su aceptación implica, en todo caso, que Helena al volver a encontrarse con Menelao sería ya aproximadamente tan *vetula* (en expresión no sin gracia aplicada a Penélope en *carm. Priap.* 68, 27) como Penélope, al regresar Ulises a Ítaca, en la otra versión, sin que fuente alguna nos diga con mayor precisión las edades de una y otra.

Veamos, pues, el reencuentro en las dos versiones principales, a saber, la de Lesques y la de Quinto de Esmirna. La de Lesques, utilizada después por Ibico, Eurípides y Aristófanes (y en la que, más verosíblemente que en las *Troyanas* de Eurípides, pudo inspirarse, en 1914, Burroughs para su famoso cuadro *Toilet of Helen*), la tenemos atestiguada, para la *Pequeña Iliada* (fr. 14 Bethe = XVII Allen) en schol. *Lysistr.* 155; para Ibico (fr. 35 Bergk = 15, 296 Page), *ibid.* y schol. *Androm.* 630, schol. *Vesp.* 714; y se encuentra entera en *Androm.* 628-31 y *Lysistr.* 155 s.: Menelao, espada en mano, se arroja contra Helena dispuesto a matarla, pero Helena le muestra los pechos desnudos y Menelao arroja la espada o la deja caer y abraza a su esposa («acceptaste sus besos, acariciaste a la perra traidora»: Peleo a Menelao en *Androm.* 630). Como detalle, quizá peculiar, de Ibico atestigua schol. *Androm.* que Helena se había refugiado en el templo de Afrodita (así también quizá en Estesícoro según la *Tabla Iliaca*, fr. 28, 205 Page, en donde Menelao, espada en mano, se dispone a matar a Helena que ha caído de rodillas delante del templo de Afrodita; Menelao vuelve la cabeza) y que allí tuvo lugar el encuentro y conversación con Menelao, que, encendido de nuevo en amor, arrojó la espada.

Después de la *Andrómaca* Eurípides no volvió a hacer uso, explícito al menos, de esa versión (salvo una referencia, en boca de Hécuba en las *Troyanas*, vv. 1022-24, a que Helena antes de presentarse a Menelao se había ocupado de su aspecto: σὸν δέμας ἐξῆλθεσ ἀσκήσοσα), sino que se limita a mencionar, con algún que otro detalle peculiar, la mera abducción de Helena por Menelao (que es

lo único que ofrecen los textos antes citados sobre el asesinato de Deífobo por Menelao): así en *Hel.* 116, donde Menelao se la lleva (al fantasma de Helena, no a Helena, por supuesto, pero ni él ni nadie en Troya lo sabe) arrastrándola por los cabellos; en *Tro.* 880-882, donde (después de anunciar, en vv. 876-79, que aplaza su castigo para cuando estén de regreso en Grecia) manda a los del séquito que la traigan arrastrándola por los cabellos, a lo que sigue un debate, entre él, Helena y Hécuba, en el curso del cual son evidentes las vacilaciones de Menelao, quien, aunque sigue hablando de matar a Helena (vv. 902, 905, y al final de la escena, 1056 y 1058), incluso de lapidarla, al parecer inmediatamente (vv. 1039-41), vuelve a ablandarse en vv. 1046-48, y acaba aplazándolo de nuevo para cuando lleguen a Grecia (vv. 1056, 1058).

El intento de lapidación aparece también en un fragmento de Estesicoro (24, 201 Page, en schol. *Or.* 1287), cuya versión tiene cierto parecido con la de Lesques-Ibico-*Andrómaca*, aunque en aquella no es ya Menelao, sino unos griegos indeterminados, que van a lapidar a Helena, los que se dejan ganar por su belleza y dejan caer al suelo las piedras como Menelao la espada en la otra versión.

La blandura de Menelao es máxima en Dictis (V 14), donde Ajax quiere matar a Helena, pero Menelao, ayudado por Ulises, convence a los demás griegos de que la perdonen.

Veamos ahora la versión de Quinto de Esmirna, sin duda la más matizada y elaborada de todas, y que ocupa los vv. 385-414 del libro XIII y 17-19, 39-70 y 149-179 del libro XIV de los *Posthomericæ*. Tras la matanza de Deífobo por Menelao en el lecho de Helena (XIII 354-356), ésta huye y se esconde en el palacio (vv. 356 s.), y Menelao prosigue la carnicería en otros troyanos (vv. 374-78, detalle este último inspirado, según Vian, en θ 517-20, donde, sin embargo, se habla de una lucha que precede, en vez de seguir como en Quinto, a la matanza de Deífobo). Tras de lo cual Menelao encuentra en el más apartado retiro de la mansión a Helena temblorosa (vv. 385 s.), y se dispone a lanzarse sobre ella para matarla (vv. 387 s.), pero Afrodita le quita la espada de las manos, contiene su ímpetu e infunde en él, en vez de los celos, el deseo (vv. 389-92). Quinto, que sigue hasta aquí la versión de Lesques, ha omitido el detalle del semidesnudamiento de Helena; describe, en cambio, con alguna extensión (vv. 395-402), el ablandamiento de ánimo de Menelao, que,

aun así (vv. 403-05) recoge la espada del suelo y se arroja de nuevo contra su esposa, pero sólo para que le vean y para engañar así a los griegos quedando airoso ante ellos, pues no tiene ya intención alguna de matarla. Esta actitud disimulada que Quinto atribuye a Menelao pudo sugerírsela a Quinto la que Eurípides le atribuye en la escena, varias veces antes citada, de las *Troyanas* (vv. 860-1059), como dice Vian; pero no hay que olvidar que en la escena euripi-dea, como vimos, la actitud de Menelao parece mucho más vacilante y blanda que disimulada, y aunque resulta claro que no tiene el menor deseo de que se dé muerte a su esposa, no obstante, al dar a ésta la orden de que se aproxime a los lapidadores (vv. 1039-41), por muy bravata que sea más que verdadera orden (así Schiassi ad loc.), Menelao no puede prever que a continuación Helena se va a arrojar a sus rodillas (o a suplicar al menos con la correspondiente fórmula, vv. 1042-43), gesto tras del cual, a pesar de la nueva intervención de Hécuba (vv. 1044 s.), Menelao vuelve a su anterior idea de aplazar el castigo. Así, pues, que Menelao, una vez que la directa y personal intervención de Afrodita le ha ablandado, trate sin embargo de quedar airoso ocultando a los griegos sus verdaderas intenciones, es una versión que, con esa explicitud, es absolutamente peculiar de Quinto, y que pudo ser interpretación de la escena de las *Troyanas*, o de la descrita en la *Andrómaca* (vv. 628-31, o directamente de la de la *Pequeña Iliada* o de la de Ibico, a las que, en todo caso, ha quitado el detalle de la semidesnudez), pero que también pudo ser libremente imaginada por Quinto.

En el momento en que Menelao se arroja sobre Helena fingiendo querer matarla, interviene, también imprevisiblemente, Agamenón, que contiene a su hermano con suaves palabras (vv. 406-14) en que disculpa a Helena siguiendo en parte el modelo tradicional que antes hemos visto, aunque con la importante variación de atribuir la culpa a Paris sin mencionar a los dioses (vv. 412 s.; en cambio, en las *Troyanas*, vv. 919-50, las menciones de Paris van acompañadas de las de las decisivas intervenciones de Afrodita a su favor). Menelao se deja convencer en el acto (v. 415), y el relato de su ulterior actuación en relación con Helena queda interrumpido y no se reanuda hasta el libro siguiente.

En efecto, en XIV 17-19 vemos a Menelao que se lleva a Helena de la ciudad que está ardiendo (ἀπ' ἄστεος αἰθρομένοιο), y Menelao

es presa a la vez de alegría y de vergüenza (ἔχεν δέ ἐ χάριμα καὶ αἰδώς), interrumpiéndose de nuevo el relato sobre Helena hasta el v. 39, en que se reanuda, para describirnos detalladamente, a lo largo de treinta y dos versos (39-70), el estado de alma de Helena y también los sentimientos que despierta en los griegos al volver a verla entre ellos. La vergüenza (como antes en Menelao) y el miedo son los dos sentimientos que ahora se adueñan de Helena conforme marcha, detrás de su esposo, en dirección a las naves griegas; la vergüenza sobre todo, en la que insiste mucho el poeta, comparándola con la que sintiera Cipris cuando quedó aprisionada entre los brazos de Ares por obra de su marido Hefesto, sirviendo de espectáculo a los dioses reunidos. Sin embargo, las muchedumbres de los griegos, lejos de ultrajarla como ella temía (vv. 42 s. μή ἐ κιοῦσαν... ἀεικίωσονται Ἀχαιοί), se quedan mudas de estupor al contemplar la esplendorosa belleza de aquella mujer perfecta (vv. 57-59 Ἄμφι δὲ λαοὶ / θάμβεον ἀθρήσαντες ἀμωμήτοιο γυναικὸς / ἀγλαίην καὶ κάλλος ἐπήρατον); nadie se atreve a censurarla, ni a escondidas ni de un modo manifiesto, sino que la miran con arrobamiento, como a una diosa (vv. 59-62), puesto que su aparición, como la de la patria a marinos que regresan, es lo que todos esperaban (vv. 62-67), y Cíterea, para agradar a Helena y a Zeus, ha hecho que se olviden de todas las penalidades sufridas (vv. 67-70). Supone Vian (tomo III pp. 158 s.) que esta forma de presentar las cosas es una atenuación, similar a la que antes hemos visto respecto de la versión de Lesques, del propósito de lapidación (que también hemos visto en Estesícoro) por parte de los griegos que luego desisten al ver a Helena. Tampoco aquí es seguro que sea Estesícoro la fuente (ni aun el escolio a *Or.* 1287), pero en todo caso Quinto nos presenta una particular manera de imaginar los sucesos que es perfectamente consecuente con el resto de su relato.

Por último, ofrece Quinto una escena íntima entre Menelao y Helena (vv. 149-79), quienes, al fin solos en la tienda del Atrida, en lugar de dormir como los otros griegos, conversan suavemente al par que Cipris enciende en ellos el recuerdo (vv. 153 y 174) y el ardiente deseo (v. 178) de su antiguo amor. Helena, que habla primero, se disculpa (vv. 155-64) alegando, como hemos visto que antes lo había hecho Agamenón en su defensa (XIII 406-14), pero de modo más enérgico y explícito, que su huida con Paris no fue voluntaria,

sino forzada por aquél (v. 156-58), lo que, como dijimos en § 3, parece, a la vista de vv. 169-71 (τὴν δ' ἔλε χάρμα, δέος δ' ἐξέσσυτο θυμοῦ / ἔλπετο γὰρ παύσασθαι ἀνηροῖο χόλοιο / ὄν πόσιν), una mera invención o excusa de que en ese momento se vale Helena para acabar de reconquistar a su esposo, como ya lo era en el debate de las *Troyanas*, conforme lo indica Hécuba en su contestación a Helena (vv. 998-1001) al negar la pretensión de Helena de que Paris la había raptado con violencia (si bien esto no aparece en el discurso de Helena, en el que, como hemos visto, se carga el acento sobre la intervención divina, sobre todo de Afrodita; de violencia sólo habla Helena respecto de su matrimonio con Deifobo, vv. 959-65). Añade Helena (vv. 159-64, en los que en cierto modo contradice las indicaciones de Hécuba en *Tro.* 1012-19) que cuando intentaba suicidarse se lo impedían en palacio consolándola (v. 161 ἐνὶ μεγάρῳ σι παρηγορέοντες ἔπεσσι), y termina (vv. 163 s.) suplicando a Menelao, por su hija y su matrimonio, que olvide los tormentos que ella, su esposa, le ha proporcionado (λίσσομαι ἀμφ' ἔμειθεν στυγερῆς λελαθέσθαι ἀνίης). Menelao le responde (vv. 166-68) que no se acuerde más de los males pasados, y que la negra mansión del Olvido los encierre, porque no conviene acordarse de las malas acciones. Tras de lo cual Helena, gozosa y libre ya de temor (v. 169) al comprender (v. 170 ἔλπετο) que su esposo va a poner fin a la funesta cólera, remata su maniobra echándole los brazos al cuello (vv. 172); lloran ambos dulcemente (vv. 171 s. καὶ σφιν ἄμ' ἄμφω δάκρυ κατὰ βλεφάρουιν εἰλείβετο ἠδὲ γοώντων), se acuestan juntos placenteramente (v. 173), y en su amorosa ansia (v. 178) se enlazan tan estrechamente como la hiedra y la vid que la fuerza del viento es incapaz de separar (vv. 175-77). Por fin se duermen ellos también (v. 179).

Así termina en Quinto el relato del reencuentro de Helena con Menelao, lleno de finos detalles etopéyicos que penetran, gracias a la funcional omnisciencia del poeta épico, hasta interioridades tan exquisitas como las de la mejor novela o película, sin perder por eso la grave dignidad de la epopeya.

El resto de la historia mítica de Helena (regreso a Grecia con Menelao, ya sea desde Troya, ya, probablemente en Estesicoro y con toda seguridad en Heródoto y en la *Helena* eurípidea, desde Egipto; vida apacible y digna en Esparta con Menelao hasta la muerte de uno de los dos, o bien hasta el traslado simultáneo y apoteósico de

ambos cónyuges al Elisio; o, en otro caso, traslado de Helena sola a la Isla Blanca, y allí matrimonio con Aquiles, en cierto modo prefigurado por la famosa entrevista, facilitada por Afrodita y Tetis, que entre ambos había tenido lugar durante la guerra; y, por último, las dos actuaciones sobre Estesícoro y algunas otras más oscuras) será estudiado en otro trabajo, pues en éste «ce n'est pas l'histoire de ses succès, c'est l'histoire de ses épreuves qui méritait d'être racontée».

ANTONIO RUIZ DE ELVIRA